

todo. Era hija de un especiero y se llamaba señorita Lard, verdadero modelo de estatua griega, y no vacilaría en decir que es la más bella joven que en la vida he visto, si existiese alguna belleza verdadera sin alma ni vida. Su indolencia y su frialdad llegaban á un extremo increíble. Tan difícil era complacerla como disgustarla, y estoy convencido de que si alguien se hubiese tomado alguna libertad con ella, no se hubiera resistido por pura estupidez. Su madre, que no quería correr este riesgo, no la dejaba de vista un solo instante. Haciéndola aprender música con un maestro joven, era lo mejor que podía hacer para animarla; pero no dió resultado. La señora Lard unía á su viveza natural la que hubiera debido tener su hija. Mientras el maestro estimulaba á la hija, la madre excitaba al maestro, sin obtener mejor éxito. Era la de ésta una carita animada, marchita y picada de viruelas. Tenía los ojos pequeños, muy vivos y un tanto rojos á causa de tenerlos malos con mucha frecuencia. Cada mañana, á mi llegada, hallaba preparado el café con leche, y la madre no se olvidaba nunca de recibirme con un beso bien aplicado en la boca, y que, por curiosidad, yo hubiera querido devolver á la hija, para ver como lo tomaba. Por lo demás, todo esto se hacía tan sencillamente y tan sin consecuencia, que los obsequios y los besos no se omitían cuando el señor Lard estaba presente. Era un bonachón, exactamente el padre de la hija, á quien su mujer no engañaba porque no tenía necesidad de hacerlo.

Yo me prestaba á todas esas caricias con mi ordinaria candidez, tomándolas simplemente por señales de pura simpatía. Con todo, á veces me importunaban, pues la vehemente señora de Lard no dejaba de ser exigente; de modo que si hubiese pasado alguna vez por delante de su casa sin entrar en la tienda, habría habido jarana. Así es que me veía precisado á dar un rodeo para pasar por otra calle, cuando tenía prisa, pues

ya sabía que no era tan fácil salir como entrar en su casa.

La señora de Lard se cuidaba demasiado de mí para que yo no me ocupase enteramente de ella. Sus atenciones me conmovían mucho, y las comunicaba á mamá como cosa muy natural, aunque lo mismo hubiera hecho si hubiese habido en ello algún misterio; porque tener para ella un secreto, fuese lo que fuese, me hubiera sido imposible; mi corazón estaba abierto á sus ojos lo mismo que á los de Dios. Ella no tomó la cosa enteramente con la sencillez que yo. Creyó ver ciertos preliminares donde yo no había visto más que amistad; juzgó que la señora Lard, empenándose en no dejarme tan ignorante como me había hallado, lograría hacerse entender de un modo ú otro, y aparte de que no era conveniente que otra mujer se encargara de la educación de su discípulo, tenía otros motivos más dignos de ella para ponerme al abrigo de los lazos á que mi edad y estado me exponían. Por la misma época; me tendieron uno de otro género más peligroso, de que pude escapar; pero que le hizo conocer que los peligros que me amenazaban constantemente hacían necesarios todos los preservativos de que ella podía echar mano.

La señora condesa de Mentón, madre de una de mis alumnas, era una mujer de mucho ingenio, y era fama que no tenía menos malicia. Según de público se decía, había sido causa de muchas disensiones, una de las cuales había tenido consecuencias fatales para la casa de Antremont. Mamá había estado bastante relacionada con ella para conocer su carácter; habiendo agradado muy inocentemente á cierta persona sobre la que tenía pretensiones la señora de Mentón, ésta imputó como un delito una preferencia que ni había sido buscada ni admitida; y desde entonces la de Mentón se empeñó en jugar á su rival malas pasadas, ninguna de las cuales surtió efecto. Sólo citaré una de las más cómicas, por vía de ejemplo.

Estaban las dos en el campo con varios caballeros de las

cercanías, y entre ellos el referido pretendiente. Un día, la señora de Mentón había dicho á uno de aquellos señores que la de Warens era una remilgada, que carecía completamente de gusto, que vestía mal, que se tapaba el pecho como las plebeyas. «En cuanto á esto último, replicó su interlocutor, que era un bromista, no le falta motivo para hacerlo; yo sé que tiene impresa en el pecho la figura de un ratonazo, feo, pero tan á lo vivo, que parece estar corriendo.» El odio, lo mismo que el amor, vuelve á las personas crédulas. La señora de Mentón se propuso sacar partido de este descubrimiento; y un día que mamá estaba jugando con el ingrato favorito de la dama, ésta fué muy quedo á colocarse detrás de su rival, y luego medio derribando su silla, le apartó el pañuelo con destreza; pero, en lugar del ratón, el caballero vió otra cosa muy distinta, que era tan difícil olvidarla como verla, y no era esto lo que buscaba la dama.

Yo no era un personaje digno de ocupar á la señora de Mentón, que sólo quería rodearse de gente de alto copete; con todo, se fijó un tanto en mí, no por mi persona, pues de fijo nada le importaba, sino por el ingenio que me suponían y que hubiera podido hacerme á propósito para satisfacer sus instintos. Tenía una afición decidida á la sátira, y le gustaba componer versos y canciones á las personas que le desagradaban. Si hubiese hallado en mí bastante ingenio para escribirselas, entre los dos habríamos revuelto á todo Chamberí en poco tiempo. Se habría inquirido el manantial de esos libelos; la señora de Mentón habría salido del paso sacrificándome á mí, y yo hubiera estado preso tal vez por todo el resto de mi vida, para enseñarme á hacer el papel de Apolo al servicio de las damas.

Afortunadamente nada de esto sucedió. La señora de Mentón me hizo quedar á comer dos ó tres veces, para hacerme hablar, y encontró que yo era un estúpido. Yo mismo lo cono-

cia, y me afligía, envidiando las cualidades de mi amigo Ventura, cuando hubiera debido agradecer á mi insuficiencia los peligros que me evitaba. Para la señora de Mentón no fui más que el maestro de canto de su hija; pero viví tranquilo y estimado de todos, y esto era mejor que ser un ingenio para ella y un escorpión para el resto del país.

Con todo eso, mamá vió que para librarme de los peligros de mi juventud, era ya ocasión de tratarme como á hombre; y esto es lo que hizo, mas del modo más singular, que jamás haya empleado mujer en caso semejante. La hallé más formal, y en la conversación más moral que de ordinario. La bulliosa jovialidad que comunmente se mezclaba á sus instrucciones fué repentinamente sustituida por un tono constante que, sin ser familiar ni severo, parecía preparar una explicación. Después de haber intentado en vano adivinarla, le pregunté cuál era la causa de semejante cambio; esto era lo que esperaba. En contestación, me propuso un paseo por el jardín para el siguiente día.

Desde por la mañana nos dirigimos á él. Había tomado sus precauciones para que nos dejasen solos todo el día, y lo empleó en prepararme para los favores que me quería dispensar, mas no como una mujer vulgar, con melindres y agasajos, sino por medio de conversaciones llenas de afecto y de buen sentido, más bien encaminadas á mi enseñanza que á mi seducción, y que hablaban más á mi corazón que á mis sentidos. Sin embargo, por más excelentes y útiles que fuesen sus razonamientos, aunque no tuviesen nada de fríos y tristes, no les presté toda la atención que merecían, y no los grabé en mi memoria como en cualquier otra ocasión lo hubiera hecho. Su modo de empezar, aquella especie de preparación, me habían causado inquietudes; mientras ella hablaba, yo, meditabundo y distraído, á pesar mío, estaba menos atento á lo que me decía que á penetrar el término á que se encaminaba; y tan

pronto como lo hube comprendido, lo que no logré sin dificultad, la novedad de esta idea, que ni una sola vez se me había ocurrido desde que vivía con ella, absorbiendo entonces todas mis facultades, no me permitió pensar en lo que me decía. No hacia sino pensar en ella, pero sin escucharla.

Querer que los jóvenes estén atentos á lo que se les dice, dejándoles entrever por término un objeto que les interese en extremo, es un contrasentido muy común en los maestros, y que tampoco he podido evitar en mi *Emilio*. El joven, arrebatado por el objeto que se le ofrece, se ocupa de él exclusivamente, y salta por encima de los discursos preliminares para llegar más pronto adonde se le conduce con sobrada lentitud para su gusto. Si se quiere que escuche, es preciso que no pueda adivinar el fin de antemano; y en esto mamá fué poco diestra. Por una singularidad, hija de su espíritu de sistema, tomó la vana precaución de imponerme condiciones; mas tan luego como supe su precio, ni siquiera las oía y me apresuré á consentir en todo. Tengo para mí que no hay un hombre en toda la tierra que en paso semejante sea bastante franco ó tenga bastante valor para andar regateando, ni una sola mujer capaz de perdonar al que lo haya hecho. Por consecuencia de la misma singularidad, acompañó este convenio con las mayores formalidades, y me dió para pensarlo ocho días, que yo le aseguraba no necesitar, faltando á la verdad, pues para colmo de extrañeza, me vino perfectamente este plazo; tanto me había sorprendido la novedad de semejantes ideas y tal trastorno experimentaba en las mías, que necesitaba tiempo para reponerme.

Se creerá que esos ocho días fueron para mí ocho siglos; todo lo contrario: hubiera querido que lo hubiesen sido en efecto. No sé cómo describir el estado en que me hallaba, lleno de miedo, con mezcla de impaciencia, temiendo lo que deseaba, hasta el extremo de buscar de todas veras en mi mente algún medio de

coroso para evitar la dicha que me esperaba. Considérese mi temperamento ardiente y lascivo, mi sangre inflamada; mi corazón ébrio de amor, mi robustez, mi juventud y mi estado perfecto de salud. Recuérdese que en tal situación, ávido de mujeres, aun no había tocado á ninguna; que la fantasía, la necesidad, la vanidad y la curiosidad concurrían para devorarme con el deseo ardiente de ser hombre y parecerlo. Añádese á todo esto—lo que sobre todo no debe olvidarse—que el cariño vivo y tierno que le tenía, lejos de entibiarse, no había hecho más que aumentar cada día; que no me hallaba bien sino á su lado; que no la dejaba sino pará pensar en ella; que mi corazón estaba completamente dominado, no sólo por sus mercedes y por su amabilidad, sino por su sexo, por su semblante, por su persona, por ella, en una palabra, por todos los conceptos que podían hacérmela querer. Y no vaya á creer el lector que teniendo diez ó doce años más que yo, estuviese envejecida ó me pareciese tal; no, desde que había experimentado aquella emoción tan dulce que me causó su primera vista, habían pasado cinco ó seis años; realmente había cambiado poquísimo, y á mí me parecía idéntica. Á mis ojos siempre ha sido hermosa, y todavía lo era á los de todos. Sólo estaba algo más gruesa. Por lo demás, eran los mismos ojos, la misma tez, el mismo seno, las mismas facciones, el mismo hermoso cabello rubio, la misma jovialidad, todo, hasta la misma voz, esa voz argentina de la juventud, que siempre me impresionó tan vivamente, de suerte que aun hoy día no puedo oír sin emoción el sonido de una bella voz de niña.

Naturalmente lo que tenía que temer, esperando la posesión de una persona tan querida, era anticipar el plazo y no poder dominar bastante mis deseos y mi imaginación para mantenerme dueño de mí mismo. Más adelante se verá que en una edad avanzada, la sola idea de los más ligeros favores que esperaba de la persona amada, inflamaba mi sangre hasta el

punto de serme imposible atravesar impunemente el corto espacio que de ella me separaba. ¿Cómo es, pues; en virtud de qué prodigio, en la flor de la juventud, tuve tan poca solitud para el primer goce? ¿Cómo pude ver aproximarse la ocasión con más sentimiento que placer? ¿Por qué, en lugar de la voluptuosidad que debía embriagarme, sentía casi repugnancia y miedo? Es indudable que si hubiese podido escapar á mi ventura sin hacer mal papel, lo hubiera hecho con el mayor gusto. He prometido extrañezas en la historia de mi amor hacia ella; he ahí una seguramente inesperada.

El lector, ya indignado, creerá que, perteneciendo á otro hombre, se degradaba á mis ojos dividiendo su amor, y que un sentimiento de menosprecio entibiaría los que me había inspirado; si tal piensa se equivoca. Esta partición me causaba un cruel pesar, á la verdad, tanto por mi delicadeza, por demás natural, como porque, en efecto, me parecía poco digno de ella y de mí; mas en cuanto al afecto que me inspiraba, en nada lo alteraba, y puedo jurar que jamás la amé con mayor ternura que cuando tan poco deseaba su posesión. Conocía demasiado la castidad de su corazón y su temperamento de hielo, para que pudiese creer ni un momento que el placer de los sentidos pudiese tener parte alguna en este abandono de sí misma; estaba completamente seguro de que sólo el deseo de preservarme de los peligros, que de otro modo eran casi inevitables, y conservarme entero para mí y para mis obligaciones, le hacía faltar á una que no consideraba como lo consideran las mujeres, conforme lo explicaré más adelante. Á mí me daba lástima, y yo mismo me compadecía. Hubiera querido decirle: «No, mamá, no es necesario; os respondo de mí sin esto.» Pero no me atrevía, primero, porque no debía decirlo, y luego porque en el fondo conocía que no era la verdad, sino que, efectivamente, sólo una mujer había que pudiera preservarme de las demás y ponerme á cubierto de toda tentación.

Sin que anhelara su posesión, me agradaba que me quitase el deseo de poseer otras; tan cierto es que consideraba como una desventura todo lo que podía contribuir á distraerme de ella.

La costumbre de vivir juntos y vivir con inocencia, lejos de entibiar al afecto que me inspiraba, lo había acrecentado; pero al propio tiempo le había comunicado un carácter especial que le hacía más cariñoso, quizás más tierno, pero menos voluptuoso. Á fuerza de llamarla mamá y de usar con ella la familiaridad de un hijo, me había acostumbrado á considerarme como tal. Esto creo que era realmente la causa de la poca solitud que tenía para obtener su posesión, á pesar de quererla tanto. Recuerdo muy bien que al principio mi cariño, sin ser más vivo, encerraba más sensualidad. En Annecy me hallaba como embriagado; en Chamberí ya no era lo mismo. Siempre la amaba lo más apasionadamente que puede imaginarse; pero la amaba más por ella y menos para mí, ó á lo menos más bien buscaba á su lado mi felicidad que mi placer; para mí era más que una hermana, más que una madre, más que una amiga, más aún que una amada. En fin, la quería demasiado para codiciarla; he ahí lo que veo más claro en mis ideas.

Este día, más bien temido que deseado, llegó por fin. Lo prometí todo, y no mentí. Mi corazón confirmaba mis promesas, sin desear su premio. Pero lo obtuve sin embargo. Por vez primera me vi en los brazos de una mujer, y de una mujer que adoraba. ¿Fuí dichoso? No: sólo experimenté el placer. Yo no sé qué invencible tristeza lo envenenaba; me hallaba como si hubiese cometido un incesto. Por dos ó tres veces, abrazándola con efusión, inundé su pecho de lágrimas. En cuanto á ella, no estaba triste ni alegre, sino cariñosa y tranquila. Como era muy poco voluptuosa y de ningún modo había buscado la sensualidad, no experimentó el placer ni sintió jamás remordimiento.

Lo repito, todas sus faltas provenían de sus errores, nunca de sus pasiones. Era bien nacida, su corazón puro amaba la discreción, sus propensiones eran rectas y virtuosas, su gusto delicado; había nacido para vivir en una elegancia de costumbres á que fué siempre aficionada y nunca practicó, porque en vez de seguir las inclinaciones de su corazón, que la guiaban bien, no escuchaba más que á su razón, que la aconsejaba mal. Cuando la descarriaron los falsos principios, siempre fueron desmentidos por sus verdaderos sentimientos; pero desgraciadamente se preciaba de filósofa, y la moral que se había formado corrompió la que su corazón le dictaba.

El señor de Tavel, su primer amante, fué su maestro de filosofía, y le enseñó los principios que le convenían para seducirla. Hallándola fiel á su marido y á sus deberes, siempre fría, razonadora é inexpugnable del lado de los sentidos, la atacó con sofismas, y logró hacerle considerar aquellos deberes á que tan adicta estaba como una charlatanería doctrinaria formada únicamente para entretener á los niños; la unión de los sexos, como el acto más indiferente en sí; la fidelidad conyugal, como una apariencia obligatoria, cuya moralidad toda consistía en la opinión; la tranquilidad de los maridos, como la única regla del deber de las mujeres; de suerte que las infidelidades ignoradas, nulas para aquel á quien ofendían, también lo eran para la conciencia; en fin, logró convencerla de que en sí mismo el hecho no era nada, que sólo tomaba cuerpo por el escándalo, y que toda mujer que aparecía honrada, por esto sólo lo era en efecto. Así es cómo aquel hombre funesto logró su objeto, corrompiendo la razón de una niña, cuyo corazón no había podido pervertir. Pero lo pagó con los celos más devoradores, persuadido de que se conducía con él del mismo modo que le había enseñado á obrar con su marido. Ignoro si se equivocó, pero el ministro Perret pasaba por su sucesor. Lo que puedo asegurar es que esa frialdad de

temperamento que hubiera debido preservarla de este sistema, fué cabalmente lo que la privó de renunciar á él en lo sucesivo. No podía concebir que se diese tanta importancia á una cosa que para ella no tenía ninguna. Jamás quiso honrar con el nombre de virtud una abstinencia que tan poco le costaba guardar.

Por consiguiente, á ser por ella, no habría abusado de este falso principio; pero lo hizo por los demás, y esto por efecto de otra máxima casi igualmente falsa, aunque más conforme con la bondad de su corazón. Siempre creyó que lo que más contribuía á que un hombre quisiese á una mujer era la posesión; y ella, aunque no sintiese nada más que amistad por las personas que le eran queridas, sentía un afecto tan tierno, que empleaba todos los medios que estaban á su alcance para granjearse mejor su cariño. Lo que hay de extraordinario es que le salió bien casi siempre. Era verdaderamente tan digna de ser amada, que cuanto mayor era la intimidad en que con ella se vivía, tantos más motivos se hallaban para quererla. Hay otra cosa notable: después de su primera debilidad, no favoreció más que á seres desgraciados; los personajes distinguidos que la requerían perdían el tiempo; pero había de ser muy poco apreciable un hombre, para que, empezando ella por compadecerle, no acabase por amarle. Cuando hizo elecciones poco dignas de ella, lejos de ser efecto de bajas inclinaciones, que jamás tuvieron entrada en su corazón, fueron debidas únicamente á su carácter generoso, humano, compasivo y sensible por demás, que no siempre la guió con bastante discernimiento.

Si algunos principios falsos la desviaron, ¡cuántos otros admirables no tenía, de los que no se apartaba jamás! ¡Con cuántas virtudes no rescataba sus flaquezas, si puede darse tal nombre á los errores en que para nada entraban los sentidos!

El mismo hombre que la engañó en una cosa, sobre otras

mil la instruyó excelentemente; y permitiéndole sus pasiones, que nada tenían de fogosas, seguir la luz de su razón, iba bien encaminada cuando sus sofismas no la extraviaban. Los motivos que la guiaban eran laudables hasta en sus faltas: cuando se engañaba, podía obrar mal, pero no podía querer nada que fuese malo. Aborrecía la doblez y la mentira; era justa, equitativa, humana, desinteresada; fiel á su palabra, á sus amigos, á los deberes que reconocía por tales; incapaz de sentir ni odio ni venganza, no consideraba mérito alguno el perdonar. Y, volviendo á lo menos disculpable que tenía, sin estimar sus favores en lo que valían, jamás hizo de ellos un vil comercio; los prodigaba, pero no los vendía, á pesar de hallarse continuamente en apuros para vivir; y me atrevo á decir que si Sócrates pudo estimar á Aspasia, hubiera seguramente respetado á la señora de Warens.

Atribuyéndole una naturaleza sensible y un temperamento frío, ya sé de antemano que se me acusará de contradicción como de ordinario y con la misma razón de siempre. Tal vez obró mal la naturaleza y no debió formar semejante combinación; pero lo cierto es que existía. Cuantas personas conocieron á la señora de Warens, muchas de las cuales viven todavía, pudieron convencerse de que realmente era ésta su naturaleza. Y aun me atrevo á añadir que no conoció más que un solo placer verdadero en el mundo, el de complacer á las personas que amaba. Con todo, cualquiera está en su derecho de argumentar sobre esto á sus anchas y probar doctamente que no es cierto. Mi obligación es decir la verdad, pero no imponerla.

Cuanto acabo de decir lo supe poco á poco en las conversaciones que tuvimos después de nuestra unión, que sólo por las mismas, fué deliciosa. Con razón había esperado ella que su condescendencia me sería útil, pues me sirvió de mucho para mi instrucción. Hasta entonces me había hablado de mí solo,

como á un niño; desde aquel momento empezó á tratarme como á un hombre, y me habló de sí misma. Me interesaba tanto cuanto me decía, me conmovía hasta tal punto, que, concentrándome en mí mismo, sacaba de sus confidencias un provecho mayor del que había sacado de sus lecciones. Cuando sentimos que realmente habla el corazón, el nuestro se abre para recibir sus expansiones; y toda la moral de un pedagogo no valdrá nunca tanto, como la locuacidad afectuosa y tierna de una mujer sensata á quien se quiere.

Habiendo tenido ocasión de juzgarme más favorablemente por la intimidad en que vivía con ella, creyó que, á pesar de mi encogimiento, merecía que se tomase el trabajo de instruirme para vivir en el gran mundo, y que si algún día aparecía en él con cierto carácter, me hallaría en estado de hacer carrera. Con esta idea procuraba formar no sólo mi razón, sino también mis maneras, á fin de hacerme tan amable como digno de aprecio; y si es cierto (lo que yo no creo), que puede aliarse la virtud con los triunfos en sociedad, estoy cierto, por lo menos, de que no hay otro camino que el que ella había tomado y quería enseñarme. Porque la señora de Warens conocía á los hombres, y poseía en alto grado el arte de tratar con ellos sin falsedad y sin imprudencia, sin engañarles ni disgustarles. Pero este arte radicaba más bien en su carácter que en sus lecciones; lo ponía en práctica mejor que lo enseñaba, y yo era el hombre menos apto del mundo para aprenderlo. Por lo tanto, fué poco menos que inútil todo el trabajo que se dió para lograrlo.

Lo mismo debo decir del cuidado que puso en procurarme maestros para el baile y el manejo de las armas; á pesar de ser ágil y de ser airoso, no pude aprender á bailar ni un minué. De tal modo me había acostumbrado á caminar apoyándome en el talón, á causa de mis callos, que Roche no pudo quitarme dicha costumbre; y á pesar de mi donaire, jamás he

podido saltar una zanja regular. Todavía fué peor en la sala de armas. Después de tres meses de lección, tiraba todavía contra la pared, siendo incapaz de sostener al asalto, y nunca tuve la muñeca bastante flexible ó el brazo bastante firme, para retener el florete, cuando el maestro quería hacérmelo saltar. Añádase á esto que sentía una aversión invencible hacia este ejercicio y hacia el maestro que trataba de enseñármelo. Nunca hubiera imaginado que pudiese infundir tanto orgullo el enseñar á matar á un hombre. Para poner á mi alcance su vasta ciencia, se expresaba siempre por medio de comparaciones sacadas de la música, que ignoraba completamente. Hallaba sorprendentes analogías entre las estocadas en terciá y en cuarta y los intervalos musicales del mismo nombre. Cuando quería dar un ataque en falso<sup>4</sup>, me decía: «Cuidado con este sostenido;» porque antiguamente se daba á este signo musical el mismo nombre que á dicho ardid de la esgrima; cuando me había hecho saltar el florete de la mano decía en tono de zumba que esto era *una pausa*. En fin, no he visto en mi vida un pedante más insufrible que aquel pobre hombre con su peto y su plumero.

Por tanto, adelanté poco con estos ejercicios, que abandoné luego por falta de afición; pero hice mayores progresos en otro arte más útil, el de contentarme con mi suerte, y no desear otra más brillante, para la que empezaba á conocer que no había nacido. Enteramente absorbido por el anhelo de que mamá fuese dichosa, cada día me agradaba más permanecer á su lado; y cuando era forzoso dejarla para recorrer la ciudad, á pesar de mi pasión por la música, comenzaba á sentir la molestia de mis lecciones.

Yo no sé si Claudio Anet notó la intimidad de nuestras rela-

<sup>4</sup> Ataque en falso, en francés *feinte*. Antiguamente se daba ese mismo nombre al sostenido musical.

ciones, pero tengo algún motivo para creer que no fué un misterio para él. Era un joven muy despejado, pero muy discreto, que jamás decía lo que no pensaba, aunque no siempre declaraba su pensamiento. Sin darme á entender en lo más mínimo que estuviese enterado, parecía estarlo por la conducta que seguía; y ésta no provenía seguramente de bajeza de sentimientos, sino de que habiendo aceptado los principios de su ama, no podía desaprobár que obrase con arreglo á ellos. Aunque tan joven como ella, era tan juicioso y grave, que nos consideraba casi como dos niños dignos de indulgencia, y nosotros, tanto ella como yo, veíamos en él un hombre respetable cuya estimación debíamos conservar. Hasta después de haberle sido infiel, no conocí todo el cariño que ella le tenía. Como sabía que yo no pensaba, ni sentía, ni respiraba sino por ella, me dejó ver cuánto le quería, á fin de que yo le amase igualmente; y se fundaba menos en su amor que en su estimación, porque era el sentimiento que yo podía compartir más de lleno. ¡Cuántas veces nos enterneció y nos hizo abrazarnos con las lágrimas en los ojos, diciéndonos que ambos á dos éramos necesarios para la felicidad de su vida! Y no se sonrían maliciosamente las mujeres que esto lean; pues dado el temperamento que tenía, esta necesidad no era equívoca; era exclusivamente la de su corazón.

Así fué cómo entre los tres se estableció una unión tal vez sin ejemplo en toda la tierra. Nuestras aspiraciones, nuestros cuidados, nuestros corazones estaban unánimes, y nada traspasaba los límites de este reducido círculo. La costumbre de vivir juntos y con exclusión de otro alguno fué tan grande que, si á las horas de comer faltaba alguno de los tres ó sobrevenía un cuarto, todo se desbarataba; y á pesar de nuestras relaciones particulares, las entrevistas á solas nos eran menos gratas que la reunión.

Lo que evitaba que estando juntos nos hallásemos molestos,

era la recíproca confianza, y el estar todos muy ocupados ahuyentaba el fastidio. Mamá, siempre con sus proyectos y siempre activa, nos dejaba pocos momentos ociosos á uno y otro, y además cada cual teníamos por nuestra parte en que emplear el tiempo completamente. La ociosidad es en la sociedad, á mi entender, un mal tan grande como la soledad. Nada envilece tanto el entendimiento; nada engendra más fruslerías, chismes, murmuraciones, enredos y mentiras, que el estarse continuamente cara á cara, varias personas en una habitación, viéndose reducidas á la necesidad de charlar continuamente por toda ocupación. Cuando cada cual tiene su quehacer, nadie habla sino cuando tiene algo que decir; pero cuando no se hace nada, es forzoso estar hablando siempre; y he ahí la más incómoda y peligrosa de todas las sujeciones. Y aun me atrevo á ir más lejos y afirmar que para formar una reunión verdaderamente agradable, es necesario, no solamente que cada cual haga alguna cosa, sino que esta cosa exija alguna atención. Hacer punto de malla es no hacer nada, y se necesita tanto cuidado para distraer á una mujer en ello entretenida, como á la que está de brazos cruzados. Pero si está bordando es otra cosa: ya se halla bastante distraída para llenar los intervalos de silencio. Lo más chocante y ridículo entonces es ver á una docena de gahnápiros levantarse, sentarse, ir y venir, girar sobre sus talones, manosear docientas veces las figuritas de la chimenea, y apurar su facundia para mantener un interminable flujo de palabras: ¡laudable ocupación! Esas gentes, por más que hagan, siempre fastidiarán á los demás, y se fastidiarán mutuamente. Yo, cuando estaba en Motiers, me iba á hacer cordones en casa de mis vecinas; si volviese á la sociedad, llevaría siempre un dominguillo en la faltriquera, y me estaría jugando todo el día para no tener que hablar cuando no supiese qué decir. Si todos hiciesen lo propio, los hombres serían menos perversos, su trato más formal y, á mi

entender, más agradable. Finalmente, y riñase cuanto quieran los burlones, yo afirmo que la única moral aplicable al presente siglo es la del dominguillo.

Por lo demás, apenas nos dejaban ocasión de evitarnos el fastidio nosotros mismos, y los importunos nos lo traían con sobrada abundancia por su afluencia, para que lo experimentásemos al quedar solos. La impaciencia, que en otro tiempo me causaban las visitas no se había disminuido; no había más diferencia, sino que en la época de que voy hablando tenía menos lugar para entregarme á ella. La pobre mamá conservaba toda su antigua propensión á las empresas y proyectos; cuanto más apremiantes iban siendo sus necesidades domésticas, tanto más se entregaba á sus visiones para proveer á ellas; cuanto más reducidos eran sus recursos presentes, tanto más discurría para lo porvenir. Con el transcurso de los años iba en aumento su manía; y á medida que iba perdiendo la afición á los placeres del mundo y de la juventud, la sustituía con la que tenía á los secretos y proyectos. La casa no cesaba de estar llena de charlatanes, fabricantes, alquimistas, empresarios de todas clases, quienes, contando el oro á montones, concluían por tener necesidad de un escudo. Ninguno salía de su casa sin llevar algo, y una de las cosas que más me admiran es que hubiese podido bastar tanto tiempo á tanta profusión, sin agotar jamás los recursos ni fatigar á sus acreedores.

El proyecto que á la sazón la preocupaba más, que seguramente no era el más descabellado de los suyos, era el de establecer en Chamberí un jardín real de plantas, con un encargado bien remunerado, cuya plaza ya se comprende de antemano á quién se destinaba. El hallarse esta ciudad situada en medio de los Alpes le daba condiciones favorables para la botánica; y mamá, que siempre procuraba apoyar un proyecto con otro, añadió á aquél un colegio de farmacia, que, en verdad, había de ser muy útil en un país tan pobre, donde casi no

hay otros médicos que los mismos farmacéuticos. La circunstancia de hallarse retirado en Chamberi el proto-médico Grossi, desde la muerte del rey Victor, le pareció muy favorable á esta idea, y tal vez también se la sugirió. Sea como quiera, empezó á agasajar á Grossi, á pesar de ser muy poco agradable, pues era el hombre más brutal y mordaz que en mi vida he conocido. Voy á citar dos ó tres de sus rasgos, por los cuales podrá conocerse su carácter.

Estaba un día en consulta con otros médicos, uno de los cuales había sido llamado de Annecy, y era el médico de cabecera. Este, joven y todavía poco experto, se atrevió á no ser del mismo parecer que el señor proto; él, por toda contestación, le preguntó, cuándo se volvía, por qué camino y qué coche tomaba. El otro, después de haberle satisfecho, le preguntó á su vez si se le ofrecía algo. «Nada, nada, replicó Grossi, sino que voy á situarme en mi ventana, para tener el placer de ver pasar un asno á caballo.»

Era tan avaro como rico é insensible. Un amigo suyo le pidió prestado con buenas fianzas. «Amigo mío, le dijo, apretándole el brazo y rechinando los dientes, aunque san Pedro bajara del cielo para pedirme diez pistolas, y en garantía me ofreciese la Trinidad, no se las prestaría.»

Un día, que fué convidado á comer en casa del conde Picón, gobernador de Saboya, hombre muy devoto, llegó antes de la hora. Su Excelencia se hallaba ocupado en rezar el rosario, y le propuso este recreo. No sabiendo cómo excusarse, se puso de rodillas haciendo una horrible mueca; mas apenas había rezado dos avemarias, cuando, no pudiendo aguantar más, se levantó bruscamente, tomó su bastón, y se fué sin decir una palabra. El conde Picón corrió tras él, exclamando: Señor Grossi, señor Grossi, no os vayáis; abajo tenéis, en el asador, una excelente bartavela. «Señor conde, replicó el otro volviéndose, no me quedaría aunque me dieseis un ángel asado.»

He ahí quién era el proto-médico Grossi, á quien mamá se propuso y logró amansar. Á pesar de que estaba sumamente ocupado, se fué acostumbrando á frecuentar su casa, cobró cariño á Anet, dió á entender que estimaba en mucho sus conocimientos, hablaba de él con aprecio y, lo que no podía esperarse de semejante oso, afectaba tratarle con cierta consideración, para borrar las impresiones del pasado. Porque, si bien es verdad que Anet ya no estaba como criado, se sabía que lo había sido, y bien se necesitaba el ejemplo y la autoridad del señor proto-médico para que aquél fuese tratado con un tono que ningún otro habría logrado imponer. Con su casaca negra, su peluca bien peinada, su aspecto grave y digno, su conducta prudente y circunspecta, sus conocimientos bastante vastos en materia médica y botánica, y con la protección del jefe de la Facultad, Claudio Anet podía con fundamento esperar que desempeñaría con buen éxito el puesto de encargado real de las plantas, si se llevaba á cabo el establecimiento proyectado cuyo plan había gustado realmente á Grossi, y para proponerlo á la corte no esperaba más que el momento en que la paz permitiese pensar en las cosas de utilidad y disponer de fondos para realizarlas.

Mas este proyecto que, si hubiese llegado á plantearse, probablemente me habría hecho dedicarme á la botánica, para cuyo estudio pareceme haber nacido, salió fallido á causa de uno de esos golpes inesperados que desbaratan los designios mejor concertados. Yo estaba destinado á ir siendo por grados un ejemplo de las miserias de la humanidad, pues parece que la Providencia que me destinaba á esas grandes pruebas, se empeñó en apartar de mi camino todo lo que podía contribuir á que no lo fuese. En una excursión que hizo Anet á lo alto de las montañas en obsequio del señor Grossi, en busca de jenipa, planta rara que sólo se cria en los Alpes, el pobre joven se fatigó tanto, que le sobrevino una pleuresia, de la cual no

pudo salvarle la misma planta jenipa, á pesar de ser específico para dicho mal, según es fama, ni todo el arte de Grossi, indudablemente hombre muy hábil; y á pesar de los infinitos cuidados de su buena ama y míos, expiró al quinto día en nuestros brazos; después de la agonía más cruel, durante la cual no tuvo otras exhortaciones que las mías, y se las prodigué con arranques de dolor y de celo que, caso de que se hallara en estado de comprenderme, debían servirle de algún consuelo. He aquí cómo perdí el amigo más fiel de toda mi vida; hombre apreciable y raro, en quien la naturaleza suplió la falta de educación, que tuvo en la servidumbre todas las virtudes de los grandes varones y á quien no le faltó más que ocasión y vida para manifestarse como tal á la faz del mundo.

Al día siguiente hablé de él á mamá con la más viva y sincera aflicción, y, de repente, en medio de la conversación, tuve el vil é indigno pensamiento de que heredaba cuanto poseía, y sobre todo una magnífica casaca negra de que estaba prendado. Así lo pensé y así lo dije, pues estando con ella era una misma cosa. Nada le hizo sentir tanto la pérdida que acababa de sufrir, como esta miserable y odiosa expresión, puesto que el desinterés y la nobleza de alma eran cualidades que el difunto había poseído en alto grado. La pobre mujer, sin responder palabra, volvió la cabeza y se echó á llorar. ¡Oh caras y preciosas lágrimas, os comprendí y caisteis una á una sobre mi corazón lavando las últimas huellas de un sentimiento bajo y ruin! Jamás ha abrigado otro mi corazón desde entonces.

Esta desgracia causó á mamá tanto daño como dolor; desde aquel momento sus intereses fueron en continua decadencia. Anet era un joven cuidadoso y muy mirado que mantenía el orden en casa de su ama. Se temía su vigilancia, y esto hacía disminuir el despilfarro. Ella misma temía su censura y era más comedida en sus gastos; porque no le bastaba su cariño, quería conservar su estimación y temía el justo cargo, que ai-

gunas veces se aventuraba á hacerle, de que prodigaba lo mismo lo ajeno que lo suyo. Yo pensaba lo mismo que él y también se lo decía, pero siendo menor mi autoridad, mis reflexiones no le imponían tanto como las suyas. Faltando él, me vi obligado á ocupar su puesto, para el cual tenía tan poca aptitud como afición, y como es consiguiente lo desempeñé mal. Era descuidado, me hallaba encogido, y, refunfuñando en mi interior, dejaba que las cosas siguiesen el camino que llevaban. Por lo demás había obtenido la misma confianza, pero no el mismo ascendiente. Veía el desorden que reinaba, me lamentaba de él, mas no era escuchado. Era demasiado joven y exaltado, para tener el derecho de ser formal, y cuando quería echarlas de censor, mamá me daba de cachetes, llamándome su joven Mentor, y me obligaba á volver á adoptar el carácter que me correspondía. El profundo sentimiento de la estrechez á que debían reducirla más ó menos tarde sus gastos, nada mesurados, me impresionó tanto más vivamente cuanto que, teniendo á mi cargo la inspección de su casa, veía por mí mismo el desequilibrio entre el *debe* y el *haber*. Yo creo que de aquí dimana la inclinación que desde entonces he sentido á ser avaro. Nunca he sido muy pródigo, sino en épocas de borrascoso desarreglo; pero hasta entonces jamás me había inquietado por tener poco ó mucho dinero. Por vez primera me fijé en ello y cuidé de mi bolsillo. Me volví tacaño por un motivo generoso, porque á la verdad no pensaba más que en procurar para mamá algún recurso en la catástrofe que preveía. Temía que sus acreedores se apoderasen de su pensión y le fuese completamente suprimida, y en mis estrechas miras me hacía la ilusión de que mis pequeños ahorros le serían entonces de gran provecho. Mas para realizarlos y sobre todo para conservarlos, era forzoso que ella lo ignorase, pues no convenía que supiese que, mientras ella se hallaba apurada, yo tenía guardado algún dinero. Por consiguiente, iba buscando escondrijos por todas partes